

Batuala

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Batouala*

En cubierta: ilustración © Toni Demuro

© Primera edición en francés, Éditions Albin Michel, 1921

© Nueva edición y epílogo de Amin Maalouf,
Éditions Albin Michel, 2021

© De la traducción, José Manuel Fajardo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-42-3

Depósito legal: M-4.187-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

René Maran

BATUALA

Epílogo de
Amin Maalouf

Traducción del francés
José Manuel Fajardo



Nuevos Tiempos

*Dedico este libro
a mi muy querido amigo
Manoël Gahisto*

Prefacio del autor

Henri de Régnier, Jacques Boulenger, tutores de este libro, haría falta no tener corazón para iniciar este prefacio sin reconocer todo lo que les debo por su benevolencia y sus consejos.

Ustedes saben con cuánto ardor deseo el éxito de esta novela. A decir verdad, esta es una sucesión de aguafuertes. Pero he empleado seis años en perfilarlos. Seis años para traducir en ella todo lo que escuché allá, y para describir aquello que vi.

En el transcurso de esos seis años, no he cedido en ningún momento a la tentación de dar mi opinión. He llevado la consciencia objetiva hasta el extremo de suprimir las reflexiones que pudieran considerarse mías.

Los negros del África ecuatorial son en efecto irreflexivos. Desprovistos de espíritu crítico, nunca han tenido, ni tendrán jamás, género alguno de inteligencia. Al menos, eso es lo que se afirma. Erradamente, sin duda. Pues si la falta de inteligencia caracterizara al negro, habría muy pocos europeos.

Esta novela es pues por completo objetiva. Ni siquiera pretende explicar: constata. No se indigna: registra. No podría ser de otra manera. En las noches de luna, echado en la tumbona, en mi veranda, escuchaba las conversaciones de esa pobre gente. Sus bromas daban prueba de su resignación. Sufrían y se reían de su sufrimiento.

¡Ah!, señor Bruel, usted ha establecido, en una docta recopilación, que la población del Ubangui-Chari se elevaba a 1.350.000 habitantes. Pero ¿no habría sido mejor decir que tal pueblo de la cuenca del Uahm contaba, en 1918, con tan solo 1.800 de los 10.000 individuos que habían sido censados siete años antes? Usted ha hablado de la inmensa riqueza de ese país. ¿Y no habría sido mejor decir que en él reinaba el hambre?

Lo entiendo. ¡Qué le importa al mundo que diez, veinte o incluso cien indígenas hayan estado buscando, en un día de inenarrable desvalimiento, entre las heces de los caballos de esos buitres que pretenden ser sus benefactores, los granos de maíz o de mijo que habrían de servirles de alimento!

Tenía razón Montesquieu, cuando escribía en una página en la que, bajo la más fría ironía, vibra una indignación contenida: «Son negros de los pies a la cabeza, y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible tenerles lástima».

Después de todo, si se mueren de hambre a millares, como moscas, es para llamar la atención sobre su país. Solo desaparecen los que no se adaptan a la civilización.

Civilización, civilización, orgullo de los europeos, cementerio de inocentes, ¡Rabindranath Tagore, el poeta hindú, dijo en su día lo que tú eras!

Levantas tu reino sobre cadáveres. No importa lo que quieras, no importa lo que hagas, te mueves en la mentira. Ante tu visión, las lágrimas brotan y el dolor grita. Tú eres la fuerza que se impone al derecho. No eres una antorcha, sino un incendio. Todo lo que tocas, lo consumes...

Mis hermanos de Francia, escritores de todos los partidos, honra del país que me ha dado todo; a vosotros, que discutís con frecuencia por cualquier cosa y os despacháis a gusto, y de golpe os reconciliáis, cada vez que se trata de combatir por una idea justa y noble, a vosotros os pido socorro, pues tengo fe en vuestra generosidad.

Mi libro no es polémico. Llega, por casualidad, en el momento oportuno. La cuestión negra está «de actualidad». ¿Quién ha querido que sea así? Los americanos. Las campañas de los periódicos del otro lado del Rin. *Romulus Coucou*, de Paul Reboux,¹ *Le Visage de la Brousse*, de Pierre Bonardi,² y *L'Isolement*, de ese pobre Bernard Combette.³ ¿Y no ha sido acaso usted, Ève,⁴ pequeña curiosa, quien a principios de este año, cuando todavía era un diario, ha hecho una encuesta para saber si una blanca podía casarse con un negro?

¹ *Romulus Coucou*, de Paul Reboux, novela sobre la condición de los negros en los Estados Unidos, publicada en 1920. (*Todas las notas son del traductor.*)

² *Le Visage de la Brousse* (El rostro de la sabana), novela, publicada en 1920, del escritor corso Pierre Bonardi, quien fue funcionario colonial en África.

³ *L'Isolement* (El aislamiento), libro sobre sus experiencias en el Congo que Bernard Combette dejó inacabado debido a su muerte en 1914 a causa una enfermedad tropical contraída en las colonias. Fue finalmente publicado *post mortem*.

⁴ *Ève* fue el primer diario ilustrado para mujeres, aparecido en febrero de 1920 y transformado en revista semanal a partir del mes de octubre de ese mismo año.

Luego, Jean Finot ha publicado en la *Revue* varios artículos sobre el uso de las tropas negras. Luego, el Dr. Huot les ha consagrado un estudio en el *Mercure de France*. Luego, el señor Maurice Bourgeois ha contado, en *Les Lettres*, su martirio en los Estados Unidos. Por fin, en el transcurso de una interpelación en la Cámara de Diputados, el ministro de la Guerra, el señor André Lefèvre, no tuvo reparo en declarar que ciertos funcionarios franceses habían creído poder comportarse, en la Alsacia-Lorena reconquistada, como si estuvieran en el Congo francés.

Semejantes palabras, pronunciadas en semejante lugar, son significativas. Prueban a la vez que se sabe lo que pasa en esas tierras lejanas y que, hasta ahora, no se han intentado remediar los abusos, malversaciones y atrocidades que allí abundan. Igualmente, «los mejores colonizadores han sido, no los profesionales coloniales, sino las tropas europeas, en las trincheras». Es el señor Blaise Diagne⁵ quien lo afirma.

Mis hermanos de espíritu, escritores de Francia, todo esto es demasiado cierto. Es por eso por lo que, de ahora en adelante, os atañe resaltar que no queréis, bajo ningún pretexto, que vuestros compatriotas allí establecidos sigan deshonrando a la nación de la que vosotros sois soporte.

¡Que se alce vuestra voz! Hace falta que ayudéis a quienes cuentan las cosas tal como son, no como se querría que fuesen. Y más tarde, una vez que se hayan limpiado

⁵ Blaise Diagne fue el primer diputado francés negro y alcalde de la capital de Senegal, Dakar.

las suburras coloniales, me gustará pintaros a algunos de esos tipos que ya he esbozado, pero que conservo todavía por un tiempo, en mis cuadernos. Os contaré que, en ciertas regiones, hay desdichados negros que han sido obligados a vender a sus mujeres a un precio que oscilaba entre los veinticinco y los setenta y cinco francos, para poder pagar sus impuestos de capitación. Ya os contaré...

Pero, en ese momento, hablaré en mi nombre y no en nombre de otro; serán mis ideas las que exponga y no las de otro. Y sé que los europeos a los que aludiré son tan cobardes que, lo anticipo ya, ni uno solo de ellos osará hacerme el menor desmentido.

Porque si se pudiera saber de qué cotidiana bajeza está hecha la vasta vida colonial, se hablaría menos de ella, no más. Una vida que envilece poco a poco. Raros son, incluso entre los funcionarios, los colonos que cultivan su espíritu. No tienen fuerza para resistir el ambiente. Se habitúan al alcohol. Antes de la guerra, eran muchos los europeos capaces de trasegar ellos solos quince litros de anís en el espacio de treinta días. Después, ¡desgraciadamente!, conocí a uno que batió todos los récords. Ochenta botellas de *whisky* de trujamanía, eso es lo que se bebió, en un mes.

Esos excesos y otros, innobles, conducen a quienes se exceden en ellos a la apatía más abyecta. Una abyección que no puede sino inquietar a quienes tienen allí a su cargo la representación de Francia. Son ellos quienes asumen la responsabilidad por los males que, en la hora actual, sufren ciertas partes del país de los negros.

Eso significa que, para ascender, se les exigía que no vieran «con historias». Obsesionados por esa idea, han ab-

dicado de toda dignidad, han titubeado, contemporizado, mentido y perseverado en sus mentiras. No han querido ver. No han querido escuchar nada. No han tenido el coraje de hablar. Y, uniendo a su anemia intelectual la astenia moral, han engañado a su país.

Es a corregir todo eso, que la Administración califica con el eufemismo de «malos hábitos», a lo que os invito. La lucha será intensa. Deberéis enfrentaros a los negreros. Os resultará más duro luchar contra ellos que contra los molinos. Vuestra tarea es hermosa. Manos a la obra, pues, y sin demora. ¡Francia lo requiere!

Esta novela tiene lugar en el Ubangui-Chari, una de las cuatro colonias dependientes del Gobierno General del África Ecuatorial Francesa.

Limitada al sur por el río Ubangui, al este por la divisoria de las aguas del Congo y el Nilo, y al norte y al oeste por las del Congo y las del Chari, esta colonia, como todas las colonias grupales, está dividida en circunscripciones y subdivisiones.

La circunscripción es una entidad administrativa. Corresponde a la de un departamento. Las subdivisiones son como las subprefecturas.

La circunscripción de Kémo es una de las más importantes del Ubangui-Chari. Si se trabajara en esa famosa línea de ferrocarril, de la que siempre se habla y que nunca se comienza, quizás el Puesto de Fort-Sibut, cabeza de esa circunscripción, llegaría a convertirse en su capital.

Kémo abarca cuatro subdivisiones: Fort-de-Possel, Fort-Sibut, Dekoa y Grimari. Los nativos, incluso los europeos, los conocen sin embargo bajo los respectivos nombres de Kémo, Krébédgé, Combélé y Bamba. La cabeza de partido de la circunscripción de Kémo, Fort-Sibut, llamada Krébédgé, está situada a unos ciento noventa kilómetros al norte de Bangui, ciudad capital del Ubangui-Chari, donde la cifra de europeos nunca ha pasado de los cincuenta individuos.

La subdivisión de Grimari, o más bien de Bamba o Kandjia, por el doble nombre del río junto al que se ha edificado el Puesto Administrativo, está a unos ciento veinte kilómetros al este de Krébédgé.

Esta región era muy rica en caucho y estaba muy poblada. Plantaciones de todo tipo cubrían su superficie. Rebosaba de gallinas y cabras. Siete años han bastado para arruinarla de arriba abajo. Los poblados se han dispersado, las plantaciones han desaparecido, las gallinas y cabras han sido exterminadas. En cuanto a los indígenas, debilitados por los incesantes trabajos, excesivos y no retribuidos, se han encontrado con la imposibilidad de poder consagrar a sus siembras el tiempo necesario. Han visto cómo las enfermedades se instalaban en sus casas, la hambruna los invadía y su número disminuía.

Ellos descendían, sin embargo, de una estirpe robusta y guerrera, resistente a los males, dura ante la fatiga. Ni las razas senussistas⁶ ni las perpetuas disensiones internas habían

⁶ Referencia a los ataques de la cofradía de Senussia, una orden política y religiosa musulmana, instalada en parte del territorio actual de Libia y Sudán, que combatió la colonización francesa.

podido destruirla. Sus apellidos garantizaban su vitalidad. ¿No eran ellos acaso *bandas*? Y *bandas* ¿no quiere decir «redes»? Porque ellos cazan con redes, durante la temporada en que los fuegos de la sabana incendian todos los horizontes.

La civilización pasó por allí. Y los dakpas, m'bis, maroukas, la'mbassis, sabangas y n'gapous, todas las tribus *bandas*, fueron diezmados...

La subdivisión de Grimari es fértil, rica en caza y de terreno accidentado. Los búfalos salvajes y los facóceros⁷ pululan por ella, así como las pintadas, las perdices y las tórtolas.

Los arroyos la riegan en todas direcciones. Los árboles allí son mustios y dispersos. No es de extrañarse: el bosque ecuatorial se termina en Bangui. Uno no encuentra hermosos árboles más que a lo largo de los corredores forestales que bordean los cursos de agua.

Los ríos serpentean entre montes que los *bandas* llaman en su lengua *kagas*.

Los tres más cercanos a Grimari son el *kaga* Kosségamba, el *kaga* Gobo y el *kaga* Biga.

El primero se alza a dos o tres kilómetros al oeste del Puesto, y limita en esa dirección con el valle de Bamba. El Gobo y el Biga están en el país n'gapou, a una veintena de kilómetros al nordeste...

He aquí, descrita en pocas líneas, la región en la que va a transcurrir esta novela de observación impersonal.

⁷ El facóceros es una especie de jabalí con el rostro cubierto de protuberancias.

Ahora, del mismo modo que decía Verlaine justo al final de los tercetos preliminares de sus *Poemas saturnianos*:

Ahora, ve, libro mío, adonde el azar te lleve.

*

Diecisiete años han pasado desde que escribí ese prefacio. Bien que me ha valido insultos. No los lamento en absoluto. A ellos les debo haber aprendido que hace falta un singular coraje simplemente para contar lo que existe.

París, sin embargo, no podía ignorar que *Batuala* no había hecho más que aflorar una verdad que nunca se quiso conocer a fondo.

¿Queremos una prueba de ello entre mil? Una misión de inspección llegó al Chad en los primeros días de enero de 1922, es decir, en el momento en que la polémica que mi libro había provocado llegaba a su apogeo.

La misión habría debido investigar, ese era propiamente su más elemental deber, sobre los hechos que yo había señalado. Se produjo lo contrario. Se le dio orden de dirigir sus investigaciones a otra parte.

Esa excesiva prudencia no merece ningún comentario.

Solo en 1927 recibí las reparaciones morales que se me debían. Ese fue el año en que André Gide publicó *Viaje al Congo*. Denise Moran hizo aparecer poco después *Chad*. Y el Parlamento quedó sobrecogido por los horrores a que dio pie la construcción de la vía férrea Brazzaville-Océan.

Solo me queda, de todo ese pasado tan cercano, el haber cumplido con mi deber de escritor francés y no haber querido nunca aprovechar mi repentino renombre para convertirme en un patriota de los negocios.

París, 23 de noviembre de 1937,

R. M.